

ESPIRITUALIDAD CONTEMPLATIVA Y LUCHA POR LA JUSTICIA

Introducción

El lugar desde el que escribo

Ser espirituales de veras

I. Dos monedas: la vida contemplativa

II. Abrir los ojos: la contemplación

Un camino

Conocer con amor

Divino y humano junto

III. Hablar con Dios: amistad y profecía

El dolor entero

La fe

Hablar con Dios

Velar

IV. La memoria

Memoria de Dios, memoria de Jesús

Memoria de un anhelo: la fraternidad

Memoria de alegría: la dicha de confiar

V. Apéndice

VI. Conclusión

ESPIRITUALIDAD CONTEMPLATIVA Y LUCHA POR LA JUSTICIA

«Poned los ojos en el Crucificado... ¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien, señalados con su hierro que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como El lo fue...

Es menester no poner vuestro fundamento sólo en rezar y contemplar...

Acá solas estas dos cosas nos pide el Señor: amor de Su Majestad y del prójimo... La más cierta señal que, a mi parecer, hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos a Dios no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos; mas el amor del prójimo, sí. Y estad ciertas que mientras más en éste os viereis aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios; porque es tan grande el que Su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo hará que crezca el que tenemos a Su Majestad por mil maneras. En esto yo no puedo dudar.»

Libro de Las Moradas de Santa Teresa

INTRODUCCIÓN

Desde la madurez de su vida, con la salud quebrada pero acariciando una plenitud humana y espiritual extraordinaria, Teresa de Jesús escribe estas palabras para dar a entender en qué consiste la auténtica espiritualidad cristiana, para mostrar qué es la experiencia contemplativa.

Empezaremos desgranando este texto, que podría ser una síntesis de la lucha por la justicia desde la vida contemplativa, pero antes quiero ubicar un poco el lugar, lugar en sentido amplio, desde el que reflexiono.

* El lugar desde el que escribo

Soy carmelita descalza. Mi fe ha crecido y se ha iluminado al abrigo de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz muy especialmente. Ellos pondrán en parte palabra a lo que quiero comunicar, porque con ellos ha madurado mi fe y ha crecido mi experiencia cristiana y contemplativa. Con ellos he aprendido que la fe es un camino de vida y de lucha en el que lo alto y lo profundo se dan la mano, divino y humano junto siempre –como también dice Teresa– y que la auténtica experiencia contemplativa se realiza en la vida concreta y cotidiana, a través de las relaciones humanas, de los trabajos que desarrollamos y de cada situación que la vida nos presenta.

Pienso que un grupo de personas que decide reunirse, vivir de su trabajo, crear un espacio propio y para los demás en el que compartir la amistad, inquietudes culturales, el silencio, ayudar en lo posible a las gentes que les rodean, llevar una vida sencilla y sobria, puede ser una célula viva en medio del tejido social. Mostrar que es posible convivir fraternalmente gentes que no están unidas por geografía e historia, ni por ideología política, ni... puede tener algún valor en nuestra sociedad. O, al menos, reuniendo todas estas pequeñas cosas, la vida contemplativa podría tener carnet de

ciudadanía entre quienes piensan, creyentes y no creyentes, que podemos hacer algo para que nuestro mundo sea un poco más humano y habitable.

A pesar de esto, y con la misma convicción, creo que ninguna monja ni monje estaría en su lugar si no fuera porque lo que origina, atraviesa y sostiene todo lo que acabo de decir es la búsqueda de Dios y el seguimiento de Jesús.

Siempre que hablo de la vida contemplativa, que es mi propia vida, lo hago con un cierto respeto, porque se me hace muy patente que cuando hablamos de la vida mezclamos lo que somos con el anhelo de lo que queremos ser. Lo que somos cada uno de nosotros lleva en su núcleo el deseo y una aspiración de ir más allá. Y esto por una parte nos desvela lo que nos falta, lo que todavía no somos y por otra, apoyados en lo ya descubierto, nos hace seguir emprendiendo el camino para llegar a ser. Todos nosotros, como decía H. Hesse, estamos todavía recorriendo el camino hacia nuestra humanidad, hacia lo mejor de nosotros mismos.

*** Ser espirituales de veras**

Creo que el texto con el que hemos iniciado define de alguna manera la lucha por la justicia desde la experiencia contemplativa.

- En primer lugar por el hecho de poner los ojos en el Crucificado. La vida contemplativa, como toda vida cristiana, es una participación en la vida de Jesús, una prolongación de su humanidad en la tierra, un seguimiento de (en) su camino. Si Jesucristo es el que «no torna de sí», como diría Teresa de Jesús o «el hombre para otros» en boca de Bonhoeffer, el cristianismo y la vida contemplativa cristiana sólo pueden ser vida para otros, una vida que no torna por sí, que va desplazando el eje sobre el que gira de sí hacia los demás.

- Teresa habla de ser ‘esclavos de Dios’ –expresión que resulta muy fuerte– en la cumbre de la vida mística, porque comprende que ser espiritual es servir, servir hasta las últimas consecuencias, como Jesús. Significa, otra vez con palabras de Teresa, que no estamos aquí para consolarnos, sino para consolar¹, que estamos aquí para «ayudar a los que son mejores que nosotras» para estar cerca, cuidar y sostener a quienes están en la brecha. Pero para servir así, añadía Teresa, hay que poner en segundo lugar las propias necesidades y hay que “ser”.

Teresa dice en más de una ocasión a sus monjas que es necesario “ser tales”, queriendo decir que para orar continuamente y para que esa oración sea verdadera, para que sirva con Jesús a los demás, es necesario poner la vida entera en juego, permanecer en el camino de configuración con él con todo el ser. Y así se lo dirá Teresa también a todos los cristianos: no hay oración si no hay orante, si no se entra en un camino de recreación interior de la persona; no hay verdadera contemplación fuera del seguimiento. Por eso la oración es amistad para Teresa.

¹ Camino de Perfección (CV) 8, 3; 3,3

- Que todo el fundamento no está en rezar y contemplar quiere decir que no hay contemplación sin estar en la tierra. Que la oración no es sino para que nazcan obras y que la obra primordial es el amor, amar a los demás siguiendo el camino que Jesús nos ha enseñado. Por algo nos recuerda ella también que lo que más le gusta a Dios, el mayor servicio que le podemos hacer, es dejarle a Él por servir a los demás. (cf. Excl 2)

La experiencia de Teresa, la mía propia, y la de cualquiera que se adentra en la intimidad con Dios, es que esa intimidad libera para el amor, por eso podemos dar nuestra libertad, que es más bien entrar en un camino de liberación. El hecho es que la experiencia contemplativa, si es verdadera, despierta cada vez más la sensibilidad efectiva hacia los demás al estilo de Dios, más inclinado al más desvalido, al que más sufre.

- Y una última cosa, Teresa ha comprendido algo más que me parece esencial y es que nosotros, si no es naciendo de raíz del amor de Dios, no acabamos de saber amar. Es la experiencia de gratuidad, de un amor mayor que es Dios, la que nos hace capaces de vivir como aprendices de gratuidad en lo cotidiano.

Desde aquí intentaré mostrar algo de cómo vivimos en la vida contemplativa la lucha por la justicia, cómo participamos en el trabajo que nos une a todos los cristianos por hacer presente el Reino de Dios, ese reino de paz, de justicia y de libertad.

I. DOS MONEDAS: LA VIDA CONTEMPLATIVA

Para hablar de cómo la vida contemplativa participa en el servicio del Reino, acude a mi mente la imagen de la viuda del evangelio, que echó en el cofre de las ofrendas lo que tenía para vivir y eran dos monedas.

Quiero primero dar razón de por qué la vida contemplativa. En el fondo, hay una única razón y ésta es que Dios llama. Como en cada cristiano, lo que puede parecer iniciativa nuestra no es sino el reclamo de aquello más íntimo que parece nos llama desde fuera de nosotros mismos, porque no lo poseemos como se pueden poseer las cosas sino como promesa. Acompañan muchas cosas en la llamada, claro está, porque la historia de cada uno es un manojito de historias entrelazadas que van desembocando continuamente en una única historia.

Muchas veces he pensado que cuando Teresa de Jesús se pregunta qué puede hacer por Dios y por la Iglesia –y para Teresa, en su tiempo, decir Iglesia es decir el mundo en general– se da una respuesta que tiene mucho que ver con la viuda del evangelio: «determiné a hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo». Decide vivir desde el evangelio en cuanto le es posible y hacerlo con un grupo de compañeras, que es otro dato decisivo de la espiritualidad contemplativa.

Así visto, haciendo “este poquito” –que iremos viendo–, la vida contemplativa «no sirve para nada», como aquellas dos monedas. No puede remendar ninguna de las brechas por donde se nos desangra el mundo. Ni política ni culturalmente, ni social ni asistencialmente², ni... y, sin embargo, creemos que Jesús cuenta con estas dos monedas.

En ningún caso ahorraremos las dos monedas, que es lo que tenemos para vivir. Aspiramos a permanecer entregando esto, pero no pretendemos que nuestra presencia sea otra que la presencia evangélica de aquella viuda. Ahí está la viuda, ocupa sólo su lugar: unas pocas líneas en dos evangelistas.

II. ABRIR LOS OJOS: LA CONTEMPLACIÓN

En la década de los ochenta Metz dijo algo importante, habló de una mística de ojos abiertos. Es posible que no supiera que estaba apoyándose en Juan de la cruz, quien casi cinco siglos antes dijo que contemplar es abrir los ojos con advertencia de amor³. Así es como definió Juan de la cruz la contemplación cristiana.

Cuando hablamos de contemplación es posible que nuestra mente vuele todavía a una atmósfera luminosa, a unos momentos especiales e intensos o a una nebulosa indefinida. Pienso que la contemplación cristiana es otra cosa. Dios es luz, lo sabemos, él ilumina lo recóndito de nosotros mismos y, a veces, el leve atisbo de esa luz en nuestras vidas vale más que todo lo que podemos imaginar. Pero los caminos de esa revelación son muchos y no siempre, más bien casi nunca, resultan deslumbrantes.

*** Un camino**

Desde la vida contemplativa, desde el Carmelo al menos, la contemplación se parece más a un camino que a unos instantes concretos, un camino de servicio que se hace en la penumbra. Es un trabajo de asiduidad, de oración constante, de paciencia y permanencia. Lleva, sin duda, la belleza que todo recorrido de amor en las relaciones personales puede contener, pero se amasa silenciosamente y sin hacerse notar, siempre en la misma clave, el amor a Dios y a los hermanos, como modo indivisible de caminar.

Este recorrido de amor y pasión lleva también la oscuridad y dureza del descenso a lo profundo de uno mismo. Cuando Teresa de Jesús decía, con tanta fuerza, que tenía en más un día de conocimiento propio que muchos de oración muy subida, apuntaba a esto, a que no se puede contemplar nada desde la periferia de uno mismo. Apenas se puede conocer en verdad sin conocerse pero, en todo caso, se revela como imposible hacerse cargo de los demás con la insólita fuerza con que nos invita el evangelio sin una

² En la vida contemplativa monástica sigue habiendo monasterios, también los menos, que tienen mayor relevancia. Este perfil se ajusta más a la vida contemplativa no monástica que, desde sus orígenes ha tenido en la iglesia una presencia más discreta, aun con sus excepciones.

³ Llama de amor viva 3, 33

sinceridad pretendida, sin esa verdadera humildad que no es otra cosa que conocer el suelo que se pisa, ser honesto con uno mismo, con Dios y con los demás.

En este descenso contemplativo se puede descubrir la radicalidad de la palabra de Jesús que dice «lo que sale del hombre, eso es lo que mancha al hombre» (Mc 7, 20), que de nuestro corazón sale lo bueno y lo malo. Creo que desde ahí redescubrimos el modo de buscar la justicia de Jesús.

*** Conocer con amor**

- Contemplar es abrir los ojos, conocer la realidad, saber lo que pasa, al menos algo de lo que sucede a nuestro alrededor. También es intuir lo que escapa a nuestro corto alcance de información más inmediata. Es procurar entender los engranajes humanos, las rutas espesas que a veces transitamos las personas. Es tener rostros concretos en el corazón al leer las estadísticas y sentir latidos humanos en los titulares de prensa.

Y, además, es abrir los ojos con amor. Es de Jesús de quien aprendemos esa ‘advertencia amorosa’. Contemplar es aprender a mirar la realidad con amor, con los ojos de Dios. Abrir una grieta en cualquier circunstancia que permita mirarla de otra manera, más compasivamente, más liberadoramente, más como mira Dios.

- Me gustaría decir además que esa advertencia amorosa es un trabajo de fondo, es el despliegue de lo más humano de nosotros mismos y, por tanto, un camino largo porque el amor no es algo espontáneo en nosotros. Hay cosas que pueden conmovernos, mover la bondad que tenemos dentro, situaciones que pueden despertar en nosotros el deseo de actuar, de hacer algo por los demás.

Pero, como dije antes, si no nacemos de raíz del amor de Dios, no acabamos de saber amar. Nosotros necesitamos un fundamento, mejor decir una experiencia de amor fundante, para permanecer en el intento de amar. Nuestra mirada se cansa con cierta facilidad⁴ y si dejamos de mirar, nos vamos insensibilizando. Necesitamos nacer de raíz de un amor mayor para mantenernos en el esfuerzo de mirar, de amar, de trabajar, porque a veces sólo vamos a percibir el esfuerzo. Nuestra solidaridad pide un soporte absoluto, un cimiento verdadero para permanecer en el intento de cambiar el mundo.

- Lo mismo que la verdadera contemplación nos lleva a vivir intentando «ser buenos del todo» como lo es Dios, una falsa contemplación acaba por bloquear nuestros mecanismos íntimos y puede sacar lo peor de nosotros mismos. Si algo quisiera favorecer la vida contemplativa es el discernimiento de la experiencia de Dios. La creemos esencial, indispensable para el cristianismo. Pero también sabemos que la experiencia no discernida puede curvarnos sobre nosotros mismos y convertirse en no-experiencia de Dios, en la negación de lo que Dios es para nosotros: amor que se da, por puro deseo de darnos lo mayor y mejor. Por tanto, la experiencia de Dios siempre buscará unirse a Dios por semejanza de amor, por la mayor bondad.

⁴ Cuando miramos el dolor del mundo, llega un momento en el que lo que sale de nosotros es un “basta”. Un basta cansado de ver lo que no puede resolver, un basta abrumado que quiere escapar.

- Aquí cabría discernir el acercamiento que se hace desde nuestro mundo al monacato oriental, en sus distintas formas y la comprensión que se alcanza de él. El monacato budista, por ejemplo, aporta unos valores que parecerían conducir, desde su origen, a una búsqueda muy personal, mirando sólo hacia su interior, pero también es cierto que desde nuestro Occidente, apenas sabemos adentrarnos en la sabiduría que propone realmente, quedándonos, en muchos casos, con un uso o 'abuso' de sus métodos e inspiraciones que no nos ayudan a abrir los ojos, sino a adquirir tranquilidad. También hay un monacato budista que ha evolucionado hacia un «Budismo comprometido»⁵ y no se le atiende en exceso.

*** Divino y humano junto (servir)**

Dos cosas más sobre la contemplación. Una para mostrar algo del interior de la vida contemplativa, otra para tender una mano hacia fuera. En ambos casos creo que la vida contemplativa muestra algo que remite al misterio de Jesucristo: divino y humano junto.

- Dije antes que la comunidad es un dato decisivo de nuestra experiencia. Vivimos la contemplación en comunidad, entre otras cosas para no hacer castillos de arena. La experiencia contemplativa necesita *explayarse* y *contrastarse* continuamente y lo hace en el amor fraterno inmediato, verdadero termómetro de la vida.

Un grupo reducido y estable, como suele ser el nuestro, obliga a enfrentar quién somos cada uno frente a sí mismo y frente a los demás, si vamos de salvadores o de servidores, si logramos ser verdaderos hermanos en el camino. Teresa reclama la fraternidad para que la búsqueda de Dios sea auténtica y no un continuo engañarse, «obras quiere el Señor, y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a ti; y si fuere menester, lo ayunes, porque ella lo coma»⁶ y llegar a sentir las faltas de los demás como propias. Esto sería abrir los ojos con amor hacia los más cercanos y entonces podemos pensar que nos duele de verdad el dolor de los demás, que participamos de su sufrimiento.

- Por otro lado, nuestro servicio material es muy pobre. Tendemos la mano a nuestro alrededor de mil pequeñas maneras, pero nuestros gestos de solidaridad son casi siempre insignificantes ante la magnitud de la necesidad; a veces no pasan de dar gratuitamente nuestro tiempo escuchando, acompañando a alguien que lo pide, escribiendo o echando una mano ocasionalmente, compartiendo nuestros bienes, colaborando con las propuestas y posibilidades de nuestro entorno, a veces con iniciativas propias.

Por esto, creo, nuestro deseo de servir *en contemplación* tiene que tener otro acento fuerte en un camino de purificación que no es una cuestión de sublimaciones, sino un camino que avanza a través de la confianza cotidiana. Edith Stein decía en una ocasión

⁵ H. Küng, *En busca de nuestras huellas*, Debate, 2004, 269

⁶ VM 3, 11

algo que lo expresa bien: «olvidarse de sí misma, liberarse de todos sus propios deseos y pretensiones, llegar a ser un corazón para todas las necesidades y obligaciones ajenas –esto sólo se puede alcanzar en el encuentro cotidiano y confiado con el Salvador en el tabernáculo–...»⁷. Es otra forma de decir lo que decía Bonhoeffer desde la cárcel, «Cuando uno ha renunciado por completo a ser algo, [...] entonces se arroja uno por completo en los brazos de Dios, entonces ya no nos tomamos en serio nuestros propios sufrimientos, sino los sufrimientos de Dios en el mundo, entonces velamos con Cristo en Getsemaní. Creo que esto es la fe, y así nos hacemos hombres cristianos.»⁸

- Con todo esto que acabo de decir sobre la contemplación, apunto a un camino de sabiduría. Los monasterios no están habitados por sabios y sabias en el sentido de que poseamos la sabiduría, pero sí puedo decir que transitamos y proponemos un camino donde podemos dejarnos coger y modelar por ella. Conocer con amor, por amor, permanecer y descender a través de un ejercicio de verdad, desprenderse de uno mismo, esto es un camino de sabiduría para ser en los brazos de Dios un corazón para todos.⁹

III. HABLAR CON DIOS: AMISTAD Y PROFECÍA

Por fin, Señor, he aquí frente a nosotros el dolor parado en seco.
No es un dolor por los heridos ni por los muertos,
ni por la sangre derramada ni por la tierra llena de lamentos
ni por las ciudades vacías de casas ni por los campos llenos de
huérfanos.
Es el dolor entero.

Canto de guerra de las cosas. Joaquín Pasos

* El dolor entero

Mil millones de personas sufren hambre crónica en el mundo. Es una especie de sentencia de muerte ante la que sale girar el rostro, como ante aquel hombre desfigurado del que hablaba el profeta Isaías. Pero eso no es todo. Es sólo un pedazo del sufrimiento que atraviesa nuestro mundo. Por eso he querido citar a Joaquín Pasos con ese «dolor entero».

Creo que aquí no hace falta que yo enumere los recovecos del dolor en nuestro mundo, ni sus callejones y plazas públicas. Pero es muy difícil mirar de frente esta sentencia de muerte porque está llena de rostros concretos, de vidas desgarradas y de muertes. Ya no hay nada que esté ‘más allá’, el Tercer, Cuarto y Quinto mundo están cerca si los queremos ver.

⁷ E. Stein, *La mujer, su naturaleza y misión*, Monte Carmelo, Burgos, 1998, 44

⁸ D. Bonhoeffer, *Resistencia y sumisión*, Sígueme, Salamanca, 1983, 258. Carta del 21 de julio de 1944.

⁹ Básicamente, éste es el camino de sabiduría que Teresa de Jesús propone a sus hermanas cuando funda: amor de unas con otras, humildad y desasimiento, el camino de la oración.

El mal a gran escala, hecho de muchos peldaños pequeños, es realmente insoportable. Y ¿qué podemos hacer nosotros? ¿qué puede hacer la vida contemplativa, qué una monja como yo?

El mal y el sufrimiento que éste produce lanza una pregunta a nuestra fe, seguramente la pregunta más dura y dolorosa. También la lanza a la orilla no creyente, sin duda. En ambos casos cuestiona nuestros asientos existenciales y afloja nuestros cinturones de seguridad; también de ambas orillas espera alguna respuesta.

Además, frente al dolor, frente al sufrimiento de los demás y, sobre todo, de los más frágiles y de quienes lo sufren porque otros lo provocan o provocamos, frente a las catástrofes naturales y económicas que siempre tocan el lado más débil de nuestras sociedades, hay dos cosas que, me parece, hacen mucho más intragable ese dolor y son el silencio de Dios ante él y la fuerza que tiene el mal.

* **La fe**

Puede que la fe contenga una primera respuesta de aproximación ante el dolor. Podemos verlo en el profeta Habacuc que, después de ver el horror y quejarse a Dios, se coloca ante él esperando una respuesta y Dios responde diciendo que el justo vivirá por su fe.

De mi fe, de la fe en Jesucristo que profesa la vida contemplativa, más que una respuesta nace una apuesta que quiere también ser una propuesta. Una apuesta de confianza porque «creer es confiar». Juan Antonio Estrada recordaba que «quizás el hombre que cree, espera y ama es [...] la forma humana de responder a la interpelación divina»¹⁰.

Por otra parte, el libro de la Sabiduría sigue diciéndonos que en todas las generaciones, la Sabiduría entra en las almas buenas y va haciendo amigos de Dios y profetas (Sb 7, 27). De modo que creo que podemos ver esta apuesta de confianza como una propuesta de amistad –para mí es casi inevitable traducirlo así–. De sobra está decir que Teresa de Jesús tradujo para el cristianismo la gracia en clave de amistad¹¹ y esta forma de responder que veíamos con Juan A. Estrada, como una experiencia cristiana de relación personal.

Pienso que esta amistad habla de profecía porque, como ya dije antes, no estamos aquí para consolarnos sino para consolar. Así es como define Elizabeth Johnson a los profetas¹², como los movidos a consolar a los que sufren, llevando una buena noticia recibida, criticando lo que produce desconsuelo porque la amistad verdadera con Dios lleva a amar lo que él ama y a amar como él ama.

Sabemos que la fe, como dice el autor de la carta a los Hebreos, es «anticipo de lo que se espera y argumento de lo que no se ve» (11, 1). Esa actitud creyente, propia de todo

¹⁰ J. A. Estrada *La imposible teodicea*, Trotta, Madrid, 2003, 2ª, 399

¹¹ Amistad es relación de libertad y afecto, de vida compartida y de confianza, de conocimiento y de una intimidad que se realiza en la vida entera y no sólo en los momentos de encuentro (los ratos de oración).

¹² E. A. Johnson *Amigos de Dios y profetas*, Herder, Barcelona, 2004, 71

auténtico cristiano, radicalizada en cierto sentido, caracteriza la vida contemplativa que no ve lo que espera, que apenas percibe que con lo que siembra está transformando la realidad, pero que confía, que intuye que con ello «agrada a Dios», es decir, colabora con él en la realización de su plan de salvación, en su plan de vida para todos.¹³

Con nuestra fe confesamos que Jesús revela al Dios en que creemos y ese Dios, dice Jesús, «hace salir el sol sobre buenos y malos, y manda la lluvia sobre justos e injustos» (Mt 5, 45). Según donde nos situemos, esta palabra de Jesús puede ser preciosa pero también desconcertante por no decir escandalosa; en todo caso, desde las víctimas, desde los sufrientes, la frase, como otras de Jesús mostrando a Dios, sacude, pone en alerta nuestra fe y contiene otro dato para entender la justicia de Jesús.

* Hablar con Dios

Mirando el dolor del mundo desde la fe, nace un gesto más que una respuesta, nace dirigirse a Dios, hablar con él, ponerse ante él.

Hablar a Dios significa bendecirle y agradecerle la vida y cuanto hay en ella, significa esperarle y amarle con todo el corazón y con todas las fuerzas, significa buscarle en toda circunstancia y alegrarse con él por cada gesto que lo hace presente, y significa también soportar el silencio en su presencia sin escapar de él, sin inventar componendas que hagan más llevadera esa oscuridad, esa absoluta simplicidad de la fe. Hablar a Dios puede ser sumergirse en su silencio e intentar descubrirle donde aparentemente no está. Por tanto, pide también repensar a Dios.

Desde mi experiencia cristiana, bendecir, agradecer, celebrar conlleva la conciencia de que nacemos con responsabilidades adquiridas. Reyes Mate¹⁴ ha recuperado y recordado con frecuencia esto, que unos heredamos fortunas y otros infortunios. Para ser sincera la alabanza, para que sea el Dios verdadero el que es celebrado y adorado, es necesaria esta conciencia por parte de quienes lo hacemos desde la ‘fortuna heredada’. Y así es como la liturgia puede ser, aun con su necesidad de renovación, algo que a la vez que nos interpela a quienes la realizamos, muestre algo a los demás.

La vida contemplativa se pone ante Dios como el profeta Habacuc¹⁵. Mira la historia, mira a Dios en la historia y ve lo que vio el profeta: ve opresión, ve que no basta eliminar a un opresor, porque los opresores se suceden unos a otros y el problema de la justicia y de la justicia de Dios en la historia no se resuelve.

Por eso hablamos con Dios, con el Dios que no quiere ninguna forma de opresión, ni de sufrimiento y que, sin embargo, permanece silencioso, aparentemente impasible ante la violencia. Hablamos a Dios de la cruda realidad, disputamos a veces con él,

¹³ «Cada día voy entendiendo más el fruto de la oración y lo que debe ser delante de Dios un alma que por sola su honra pide remedio para otras». Teresa de Jesús, carta a Gracián del 13 de diciembre de 1576.

¹⁴ Reyes Mate *La herencia del olvido*, Errata naturae, Madrid, 2009, 2ª, 32

¹⁵ L. Alonso Schökel / J.L. Sicre Díaz *Profetas II*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1980, 1091-1095

mantenemos la fe que espera contra toda esperanza, en ese diálogo las más de las veces silencioso, a veces inapreciable, y seguimos creyendo y esperando.

La vida contemplativa quiere que su diálogo con Dios se convierta en luz para otros, como sucedió con Habacuc. El mayor mensaje de este profeta no está en el contenido teológico de su obra, por importante que sea, sino en su postura vital. La experiencia contemplativa nos hace permanecer como un profeta menor entre los profetas de la iglesia, pero sin abandonar el puesto. La postura vital que mantiene la fe, la esperanza, la confianza en este Dios que escapa a nuestra comprensión, tiene la pequeña, y no sé si atrevida, pretensión de ser una luz para los demás que aliente esta confianza y la fidelidad al Dios que vive y sufre con nosotros.

* **Velar**

Siguiendo con el profeta, Habacuc no ha visto caer al opresor, no ha visto desaparecer la opresión, sea del color que sea; como puede pasarnos a nosotros, como sucede después de orar un día y otro. En un primer momento, percibe que la arrogancia va a ser derrotada de forma espectacular por el gran Dios y sin embargo, no será así, la realidad sigue siendo otra. Se asoma aquí el Dios de Jesucristo, que no resulta tan omnipotente como a veces querríamos, y también la tentación vestida de desesperanza.

En todo caso, quienquiera que trabaje por la justicia habrá experimentado la contradicción de fuerzas entre el trabajo, la bondad y la entrega de tantas y tantos y la fuerza con que parece revolve el mal a cada paso. La vida contemplativa quiere sostener con sus dos manos esta contradicción: profesar un Dios todo amor y ver que su reino parece que nunca llega. Por eso seguimos rezando que «venga tu reino».

Estremece recordar las terribles palabras de Alexander Soljenitsin en Archipiélago Gulag, después de su experiencia en los campos de castigo soviéticos durante la época estalinista: «El pueblo ha aprendido la lección tras una prolongada opresión. Con la bondad nada se consigue contra el mal». Hay que soportar que ésta sea la experiencia de algunos, demasiados, hermanos nuestros. Hay que soportarla con amor y respeto y poner junto a ella toda la bondad conocida y anónima que trabaja en el mundo, incluida la nuestra por pequeña que sea. Y recordar a quienes siguen sosteniendo con su testimonio, como es el caso de Ety Hillesum, que muy poco antes de morir, cuando ya había tragado el inmenso sufrimiento de los campos de exterminio, todavía escribía en una carta «esta vida es maravillosa y grande, tenemos que construir un nuevo mundo después de la guerra. Y a cada infamia, a cada crueldad, hay que oponerle una buena dosis de amor y buena fe (bondad), que primero habremos de hallar dentro de nosotros mismos»¹⁶.

Con todo esto en su corazón, la vida contemplativa mantiene su presencia. Quiere permanecer como el profeta cuando dice «me pondré de centinela, haré la guardia

¹⁶ E. Hillesum, *Una vida conmocionada, Diario 1941-1943*, Anthropos, Barcelona, 2007, 203. Carta del 3 de julio del 43

oteando a ver qué me dice» o como el salmista que dice «estoy velando contigo, Dios mío», velando con Cristo en Getsemaní, como hace un momento recordábamos con Bonhoeffer.

Con él, con Cristo, velamos, miramos el mundo, la vida e intentamos dar cuerpo al amor, la fe y la esperanza, un cuerpo de solidaridad, de proximidad, aunque no siempre lo conseguimos cuanto queremos. Pero mantenemos el intento de ser una protesta silenciosa y pacífica contra el atropello del mundo que hemos creado y a favor del cuidado de lo humano. A lo mejor, haciendo simplemente lo que José M^a Mardones llamaba «la estrategia de las termitas»¹⁷, horadando un sistema que parece desalmado en el pedacito de tierra que tenemos para vivir, con constancia y persistencia.

IV. LA MEMORIA

Cada monasterio, cada pequeña comunidad contemplativa, con su presencia permanente quiere hacer un servicio de memoria. La «vida escondida con Cristo en Dios» (esa preciosa sentencia paulina de la que se ha abusado para definir la vida contemplativa) no contradice la palabra de Jesús «no se enciende un candil para tenerlo escondido». La memoria contemplativa es un fueguito, que diría Galeano.

Así, nuestra vida quiere recordar a los demás lo que lleva en su intimidad, aquello de lo que vive, sus sueños y su esperanza. Quiere con ello contagiar algo de luz y de calor, algo de la experiencia que vive. Las puertas abiertas para todos es la forma de decir que no escondemos bajo la cama nuestra lamparilla. Mi experiencia es que en el encuentro, en la escucha, en ese compartir con los demás es donde esta memoria se hace a menudo presente, sobre todo en un sentimiento profundo de comunión que hace ver que caminamos juntos en la misma dirección y que regala una fuerza inesperada para vivir.

* Memoria de Dios, memoria de Jesús

- Con una vida corriente y anónima, la vida contemplativa vive el anhelo del amor mayor, de eso que solemos sentir como absoluto y personal y que no sabemos cómo nombrar. Sin esta pasión pienso que se diluiría nuestra presencia.

Pero la nuestra es también una presencia desarmada de eficacia inmediata, muy pobre en este sentido; una presencia que sólo tiene “ser”, su ser con Jesucristo, que se hizo pobre, que se desarmó de sí mismo por amor. Esta pobreza aceptada, unida a Jesús que aceptó voluntariamente la suya, es memoria del Dios “pocopoderoso”. Eso es quizás lo más visible: una presencia poco poderosa.

El gesto contemplativo que somos es respuesta o más bien resonancia del misterio de gratuidad que llamamos Dios y al que decimos conocer fundamentalmente por Jesús. Esa cierta inutilidad del gesto contemplativo que se prolonga remite a Dios, como ya he dicho (y si no, remite a la nada), recuerda que vivir unidos a Él, continuar su humanidad

¹⁷ J. M. Mardones, *Recuperar la justicia. Religión y política en una sociedad laica*, Sal Terrae, Santander, 2005, 143

en la nuestra, pertenece al núcleo de nuestra fe y, por tanto, atañe a nuestra fecundidad cristiana.

Por esa pasión desadornada, por el deseo de pisar los umbrales de la casa de Dios, de 'ver' a Dios, la vida contemplativa puede insinuar esas preguntas últimas que todos llevamos dentro y puede ser un punto de referencia cuando tropezamos con el límite que tenemos para responderlas. Un límite que también aparece en la lucha por la justicia cuando tocamos el techo de lo posible en cada momento y se revela como tan insuficiente, por no decir cuando la lucha tropieza con zancadillas.

Todo lo que sugiere preguntas de fondo, preguntas de sentido, es algo que abre nuestra conciencia y que nos da la posibilidad de vivir con más sensibilidad, más humanamente y, por tanto, hace más posible en nosotros que nos hagamos cargo de los demás.

- Por su referencia a Jesús, la vida contemplativa quiere recordar que la lucha por la justicia, por la justicia que hemos descubierto en el programa del Reino, está inmersa en un misterio de cruz y resurrección. Un misterio incomprensible, donde todos nos sentimos solidarios de aquel Pedro que tuvo que escuchar «apártate de mí, porque tú no piensas como Dios», porque la justicia del Reino no siempre coincide con nuestra visión de la justicia, que a veces es una visión justiciera. Este misterio pretende ser una fuente en nosotros, la fuente de donde nazca el amor y la fuerza para transformar la realidad.

*** Memoria de un anhelo: la fraternidad**

- Como he dicho antes, no estamos aquí los contemplativos, no estamos en nuestros claustros para consolarnos. Cuando rezamos «¡qué delicia es tu morada, Señor! Me consumo anhelándote» no dejamos de percibir algo de esa bondad que hemos conocido y que se puede descubrir mirando a Dios y mirando la vida, el mundo desde él, ni nos basta porque el amor siempre desea más, pero rezamos sabiendo que la morada de Dios son las personas y que no todas las moradas de Dios, ni mucho menos, son una delicia. Que Dios tiene su morada destruida en muchos hombres y mujeres de nuestra tierra.

Por esto, el anhelo y la añoranza de Dios es también anhelo de fraternidad y está encarnado especialmente en los más necesitados, muchas veces tan cerca de nosotros, ahí donde esa morada parece ser menos deliciosa, donde anhelamos oportunidades para la vida porque apenas existen.

Lo que quiere recordar este anhelo es que la búsqueda de Dios no puede ser desencarnada si quiere ser cristiana y si no queremos que acabe por deshumanizarnos. Este anhelo es memoria de la experiencia cotidiana de la mayor parte de la humanidad que carece de algo básico, sea alimento y agua, salud y educación, dignidad y libertad, o paz y seguridad, sea lo que sea y que nosotros a veces ni siquiera podemos imaginar. Además, esta experiencia no es un elemento más, uno entre tantos, del deseo de Dios, porque si algo sabemos de Dios es que quiere que «todos los hombres se salven», que vivan.

- En otro sentido, la vida contemplativa, con su vida fraterna ‘concentrada’ quiere recordar que es posible vivir como hermanos. Quiere mostrarse como un lugar de perdón y reconciliación, un lugar donde descubrir que todos somos iguales por lo que somos y nada más, por ser. Y quiere recordar que Dios hace posible en nosotros ese don de vivir en fraternidad desde los núcleos familiares más pequeños hasta la gran familia humana que estamos llamados a ser.

Para nosotros esto es como un cuerpo a cuerpo sin escapatoria. Se trata de estar vivos con Jesús y no muertos. Como dice la primera carta de Juan «nos consta que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos» y Teresa de Jesús decía, casi tajantemente, que el perdón es un punto de discernimiento del espíritu; mejor es decirlo con sus palabras «no puedo yo creer que alma que tan junto llega de la misma misericordia, a donde conoce la que es y lo mucho que le ha perdonado Dios, deje de perdonar luego con toda facilidad y quede allanada en quedar muy bien con quien la injurió»¹⁸.

Todo esto es memoria de las palabras de Jesús «que todos sean uno» y «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» y pienso que ambas tienen que resituarnos y resituar la lucha continuamente porque para nosotros no es fácil. Todos somos unos perdonados y por Jesús creemos que es posible no responder con mal al mal, tenga la entidad que tenga. Porque él lo vivió hasta el fin.

*** Memoria de alegría: la dicha de confiar.**

«¿Sabéis por qué fueron castigados nuestros antepasados? No por el pecado cometido en el desierto, sino por el triste desaliento que ese pecado engendró en ellos»

Elie Wiesel recuerda estas palabras de un rabino, en un libro que recoge ensayos breves sobre el jasidismo.¹⁹ Y aún añadía que todos los Maestros parecían tener «la misma absorbente preocupación: combatir la tristeza con la llamada a la alegría; vencer la desesperación invocando una esperanza más ardiente, una fe más profunda en Dios y su Creación.»

La experiencia contemplativa se sumerge en la corriente de confianza que inauguró para nosotros Jesús, que se remonta a Abraham y que continúa en nosotros. La confianza es la que llama a la alegría e invoca la esperanza, ella diluye el triste desaliento, el pecado de desconfianza.

El salmista lo sabía: «Dichoso el que encuentra en ti su fuerza al preparar su peregrinación, dichoso quien confía en Ti». Esta es la experiencia contemplativa, el continuo descubrimiento de nuestras raíces, de nuestra vida y del mundo en Dios; continuo porque hay experiencias que no se hacen de una vez para siempre sino que

¹⁸ CV 36, 12 Roger de Taizé, que quería mucho a Teresa, reescribió sus palabras diciendo que ya es perdón el deseo de perdonar, aunque no lo logremos inmediatamente.

¹⁹ E. Wiesel, *Contra la melancolía*, Caparrós Editores, Madrid 1996, 134; 201

piden humilde persistencia para, como dice Wiesel, dejar que la esperanza sea más ardiente y la fe más profunda.

Entrar en la corriente de la confianza por la amistad con Dios, la fraternidad intensa y la atención a su Palabra. De ahí brota una alegría que quiere combatir la tristeza, la desesperación y la desconfianza que puede brotar de unos desgarros humanos tan profundos como tenemos. A veces también dentro de nosotros mismos o en las relaciones más personales.

La experiencia que da a luz esta confianza que logra ser alegría para los demás es la de conocer a Jesús resucitado. La experiencia personal de que Jesús está vivo, que lo está para nosotros, para comunicarnos la vida y para decirnos que esa misma vida es para todos nosotros. Esa es nuestra esperanza, de donde brota la alegría de creer que su vida irá vivificando todo cuanto existe y que también lo hará a través del pequeño cauce que somos cada uno de nosotros.

Que «hemos resucitado con Cristo», que su vida alienta la nuestra, a veces no será en nosotros más que una sonrisa que habla de la esperanza que tenemos en que Dios es así, capaz de tomar lo que cada uno somos y hacer que dé fruto para el Reino si nos dejamos en sus manos. En muchas ocasiones eso, una palabra a tiempo, una ayuda concreta, es lo que podemos dar a los demás para repartir la vida que gratuitamente recibimos. Vuelve a ser lo que dije antes: prolongar la humanidad de Jesús en la nuestra.

En definitiva, la experiencia contemplativa quiere hacer memoria de que todos podemos sumergirnos en la corriente de la confianza, en la corriente de la vida y de la gratuidad y formar parte de ella.

V. APÉNDICE

No he hablado de justicia en la Iglesia propiamente, ni voy a hacerlo. Pero desde mi condición de mujer y monja en ella, algo quiero decir. He de hacerlo con humildad, a pesar de ver claramente que hay un desfase enorme y, lo que es peor para los seguidores de Jesús, una desatención a la vida del Maestro. Da la impresión de que la Iglesia no logra encarnar aquellas palabras de Pablo con todas sus consecuencias: «en Cristo Jesús ya no hay varón ni mujer, señor ni esclavo, judío ni griego». Y que eso desemboca, de diversas maneras, en falta de justicia.

Creo que la vida contemplativa femenina se sigue teniendo en la iglesia un poco como reserva propia, por el modo en que se ejerce la autoridad sobre ella, a veces rozando lo ridículo, y por el modo en que se espera que sirva en medio de la comunidad cristiana y del mundo.

Con humildad lo digo porque, en honor a la verdad he de decir, que nuestra Iglesia institución no es la única responsable de esta situación. En gran medida es el fruto de no

haber hecho todavía un camino en el interior de las Órdenes, motivo por el cual no se ha logrado una maduración de criterios, de responsabilidades y de gestión propia.

Como hija de la Iglesia, deseo y espero que la Iglesia sea como una madre verdadera que no retiene a los hijos bajos sus faldas sino que los anima a seguir el camino de su vida sin dar la espalda al tronco del que nacen, más bien revitalizándolo. Que comprende sus errores mientras maduran, que no sueña con verse repetida y conservada sino revivida con frutos nuevos.

VI. CONCLUSIÓN

Con su fueguito de memoria, con sus dos monedas, abriendo los ojos, hablando calladamente a Dios, la vida contemplativa quiere seguir escuchando a Dios, a los silenciados y a la tierra que grita. Y seguir intentando hacer más visible lo que es, consciente de que todavía nos envuelve mucho papel de estraza.

Como conclusión sólo diré tres cosas que queremos seguir despertando para la experiencia cristiana de lucha por la justicia en el mundo:

- Que la gratuidad es el clima de la eficacia, como tan bien dijo Gustavo Gutiérrez²⁰ hace ya bastantes años. El encuentro gratuito con el Dios que nos busca es el pozo de la eficacia evangélica. De esa eficacia se ocupó también san Juan de la Cruz cuando, preocupado por unos cristianos que hacían aguas, decía que Dios no hace nada que nosotros podamos hacer, ni dice nada que por consejo humano, buscando con otros la verdad, podamos descubrir y esto ‘aunque Dios trate muy afablemente mucho tiempo con el alma’²¹. Se ocupó de esto para que no falsifiquemos la gratuidad ni al Dios de Jesús.

- Que son imprescindibles cambios a gran escala, en los sistemas económicos y políticos, que hay que trabajar directamente en ello o apoyar cada uno en la medida de sus posibilidades la labor de buscar nuevos caminos de justicia para el mundo, pero que hemos de cuidar que no nos suceda que, esperando y procurando el cambio necesario, olvidemos el imprescindible: el cambio de nuestro corazón y de nuestra propia vida.

Y que, recordando a Benedetti, ‘las cosas son según el dolor con que se miren’ pero también según el amor con que se miran.

²⁰ G. Gutiérrez, *Beber en su propio pozo*, Sigueme, Salamanca, 1993, 6ª, 139

²¹ 2S 22, 13